

## Columnas del ser y del no ser\*

Carlos Vitale (Buenos Aires, 1953) se inscribe en la tradición de la esencialidad. Una tradición presente en casi todas las literaturas del mundo –y sobre todo en la oriental–, que recibe, en la lírica de Occidente, el impulso decisivo de las vanguardias, abanderadas de lo fragmentario y lo mínimo. No es casual que la cita que encabeza el primer libro de Vitale, *Códigos* (1981), sea de Alejandra Pizarnik, una de las influencias más perceptibles en su poesía, maestra en el arte de lo breve e intenso, de lo desgarrado y resonante. Pero tampoco cabe ignorar el aliento de Borges –no en vano ultraísta en su juventud–, que consideraba «un desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos». ¿Por qué escribir largos versos –parece pensar Carlos Vitale, en sintonía con la contención borgiana–, cuando con uno, o con muy pocos, hay bastante?

*Unidad de lugar* ofrece, en consecuencia, poesía despojada e

intensa, cargada absolutamente de sentido, como quería Pound. Abundan los dísticos y hasta los monósticos, que son, en realidad, aforismos. La última sección de *Autorretratos* (2001), «Ocio y negocio», aparece compuesta íntegramente por máximas poéticas, algunas de las cuales se comprimen tanto que parecen fragmentos desgajados de una oración mayor («dudando entre varios laberintos»), mientras que otras tienen aroma de greguerías: «La ventana es un abismo domesticado». Vitale, sin embargo, utiliza algunos recursos para expandir la vibración poética de sus miniaturas. El primero consiste en establecer una relación dialéctica con el título del poema, como también hace en los cuentos de *Descortesía del suicida* (1997). En uno de sus «apuntes de Grecia», de *Confabulaciones* (1992), titulado «En la tumba de Agamenón», leemos: «Cuídate de quien te ama», y es obvio que ninguno de los dos enunciados alcanzaría sin el otro el pleno sentido que tienen en este poema. Más nítidamente se advierte aún en otro monóstico de *Autorretratos*, que reza: «Ocre metafísica». Sin el título, «Castilla en ruta», el minúsculo hexasílabo se quedaría en hallazgo sugestivo pero insignificante. Al encontrar, gracias a él, un referente, el paradójico verso, con su

fusión de contrarios, despliega todo su arsenal connotativo.

La paradoja es, precisamente, un segundo mecanismo de dilatación y, acaso, la figura retórica más utilizada por Vitale. El efecto de choque que se produce en el interior del verso a causa de la unión de elementos contrapuestos o irreconciliables, sacude las frágiles estructuras gráficas de los poemas y deja como temblando nuestra percepción. Las palabras adquieren un vigor singular por el enervamiento a que las conduce la vecindad de sus contrarias: se endurecen; se les eriza el vello, podríamos decir. El sesgo polémico de tales ayuntamientos refuerza su potencia elocutiva: «¡Cava hacia arriba!», ordena el poeta; o bien escribe este poema, titulado «La noche es el día»: «Poblado / de noches / el día / insomne». Destaca, en esta técnica, el cultivo de un oxímoron milenario: el de la oscuridad como luz, ya presente en el libro bíblico de los Salmos, aunque remozado, en Vitale, por el irracionalismo vanguardista. «Sólo en la noche veo», escribe en una de las composiciones de *Noción de realidad* (1987), y su verso evoca el célebre «és quan dormo que hi veig clar», de J. V. Foix. Incluso en las citas elegidas se permite Vitale reflejar su gusto por la contradicción, como demuestra la de Joan Brossa que

encabeza la sección «Ángulo muerto», de *Autorretratos*: «A mi sempre em perd la discreció!».

La presencia de Brossa –un autor al que Carlos Vitale ha traducido ampliamente– es reveladora, porque descubre un tercer modo de propagar el impacto estético de sus poemas: el humor. Un humor, como todo en este libro, esbozado, discreto y levemente sombrío: así, el titulado «Mi vecino cena bajo la gran lámpara» dice: «Cena solo bajo la gran lámpara. / Mucha luz y poca compañía»; en el «Pareado a la manera de Sandro Penna», leemos: «El desamor con dinero / es más llevadero»; y «Ajuste de cuentas» reza así: «He tenido mi parte de nada», lo que remite al jocosos testamento de Montaigne: «Debo mucho, no tengo nada, dejo el resto a los pobres». El humor –presente en dadá, en el surrealismo, en el creacionismo– se alía con otras proclividades vanguardistas, que difunden lo poético en otros ámbitos perceptivos, como lo visual o lo auditivo. Vitale bosqueja tenues caligramas, como en el poema nueve de *Códigos*: «Fuego / sobre / fuego // la hoguera de mis días», y también practica repeticiones e interrupciones, lo que crea melodías hirsutas –trasunto de su propio desasosiego existencial, como enseguida veremos– y desconcertantes efectos paronomásicos: «Por mis manos / limitado / al ritmo de

\* Carlos Vitale, *Unidad de lugar*, *Canet de Mar*, Candaya, 2004, 164 p.

mis pies / ando y desando / mi destino posible // Por mis manos / limitado / por mis manos».

La relación de estos tres mecanismos amplificadores habrá demostrado ya que en la poesía de Carlos Vitale se conjuga lo majestuoso con lo chispeante, lo filosófico con lo lúdico, lo cerebral con lo corporal. Asimismo, de lo material pasa a lo inmaterial, y de lo exterior a lo interior, como acredita este poema con aires de haikú: «Aire de mar / cielo del sur / lluvia de mí». Se trata, pues, de poesía ecléctica y omnicomprendida, que no olvida, sin embargo, su condición de queja existencial. Porque acaso sea éste el principal sostén de la lírica vitaliana: la angustia de vivir y de morir, la terrible certeza del sentido cósmico. La muerte tiene en *Unidad de lugar* una presencia descollante: verbigracia, una de las secciones de *Confabulaciones* se titula «El triunfo de la muerte». Sus versos hablan de ella: describiéndola, invocándola, la conjuran, aunque también recurran al humor para exorcizarla: «Ante la muerte reía: muerte ajena. / Muerte a la muerte, muerte propia. / Contra la muerte toda herramienta es buena», dice el poema «Exorcismos». La muerte es sólida, afirma el poeta, pero, hasta que nos alcance, «toda razón consiste en persistir». Algunas metáforas clásicas —el sueño, la noche— ayudan a Vitale a dibujar su

ominoso perfil: «La muerte / es un sueño / que me sueña», dice el poema cuatro de *Códigos*, con un uso certero tanto de la figura etimológica, como de la dimensión onírica, que revela el influjo surreal. La vena existencial de *Unidad de lugar* no se limita a la constatación, irónica pero doliente, de nuestra condición perecedera, sino que se extiende al debate sobre la identidad. Así, los elementos constitutivos del yo defraudan al yo: la memoria recuerda, pero miente; el corazón está deshabitado; somos alumbrados, en suma, «para no ser». La incertidumbre ontológica desdibuja nuestra conciencia y el yo, como ya estableció Rimbaud, es otro: «En realidad / soy otro», parafrasea Vitale en «Intemperie». En la sección homónima de *Auto-retratos* es, como bien ha señalado Luisa Cotoner en el prólogo del libro, donde mejor se plasma este conflicto subjetivo. El poeta reúne en ella cinco poemas protagonizados por un polimórfico Juan Laguardia, que vive en épocas y lugares distintos. En el correspondiente a Jean Laguardia, leemos: «Exploro el arte de ser otro / y el mismo, uno más y uno nuevo». Pero a este yo cartilaginoso e inasible lo asedia el dolor: la incompreensión del mundo y la soledad ilimitada en que habita promueven «reinos de congoja». En poemas abstractos, casi metafísicos, de los

que está desterrada la anécdota —salvo ocasionales referencias a lugares, como la Piazza dei Miracoli o los lugares descritos en la sección «Bretaña», Vitale consigna un deambular asombrado y tenebroso, del que sólo el amor lo rescata brevemente. Sin embargo, todo cuerpo está condenado a la extinción. Eros y Tánatos bailan, pues, un apasionado minué, cuya conclusión todo acertamos a prever, pero sólo Carlos Vitale es capaz de formular congruentemente con el tenor de este libro admirable. «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos», escribió Pavese. «Con estos labios / besaré a la muerte», escribe Vitale. Labios y muerte, en efecto: palabras y vacío, caricias y vacío, columnas del ser y del no ser.

**Eduardo Moga**

## Un texto con ventanas\*

*Visión de Nueva York* es sin duda un diario visualmente divertido, pero no conviene confundirlo con un simple divertimento,

\* Carmen Martín Gaité, *Visión de Nueva York*, Círculo de Lectores-Siruela, 2005.

como intentaré demostrar. Al menos en cuatro ocasiones Carmen Martín Gaité alude a él a lo largo de toda su obra: en *Desde la ventana*, en los *Cuadernos de todo* y en dos conferencias (una de 1996, titulada «El punto de vista», y otra pronunciada un año más tarde en el Instituto Cervantes de Nueva York: «La libertad como símbolo»). No era por tanto un cuaderno que tuviera encerrado en el olvido de los pasatiempos, sino en el taller de las especulaciones. Cualquier referencia a este libro de *collages*, recortes de prensa y comentarios, en los títulos citados, coincide en plasmar una experiencia narrativa muy concreta: el desafío de lo inabarcable. En Nueva York las imágenes corren más rápidamente que las palabras y las desplazan, y los días van más de prisa que su recuento; por ello desconfía de los diarios tradicionales que pretenden poner en fila las fechas.

El cuaderno 25 de los *Cuadernos de todo* y este libro de *collages* se complementan al ser versiones múltiples y simultáneas sobre los mismos hechos, versiones que surgen desde los distintos puntos de observación desde los que se narra. Y estas versiones múltiples suponen una especulación sobre cómo rescatar el rostro inabarcable del tiempo con palabras e imágenes en movimiento,